

## Muerte de Raúl Montero Bustamante \*

por

Carlos Real de Azúa

En: *Marcha*, nº 925, 22/08/1954, p. 21-22.

### I

Cuando, a principios de este año, murió Carlos Vaz Ferreira, se dijo de él que era el último representante de la famosa, y ya casi mística, "generación del novecientos". Lo mismo se ha repetido, por estos días, a propósito de Raúl Montero Bustamante. Vivos, y sea por muchos años, Roberto Sienra (1874), Álvaro Armando Vasseur (1878) y aun en su larga insanía Roberto de las Carreras (1873), en realidad ni Vaz ni Montero cierran con su ida generación alguna. (¿Podrá fijarse alguna vez el último sobreviviente estricto de cualquiera de ellas?) El equívoco, la equivocación, más latamente, sirve sin embargo, para señalar la singular curva de vida del escritor desaparecido el martes en esta ciudad.

Nació Montero demasiado tarde (1881) para ser otra cosa que figura epigonal entre mayores de la talla de Rodó, Reyles, Quiroga o el propio Vaz Ferreira. Vivió en su juventud la alegre, la raída bohemia patricia del Montevideo de los Herrera, de Cuestas, del *Consistorio* y la *Torre*. El mismo en algunos ensayos, José María Delgado, Rodolfo Mezzera, han evocado esos años, esas dichas, esas estrecheces. Fue entonces fundador de la *Revista literaria*, en 1900. Fue poeta de vena patriótica. Fue antologista en el *Parnaso Oriental* (1905) donde recogió y reveló, entre muchos olvidados, las primicias modernistas de su amigo Herrera y Reissig. Desde aquel entonces, como tantos de su tiempo y de todos los tiempos, Montero canjeará la poesía por la prosa y la entusiasta disponibilidad cotidiana por las responsabilidades del trabajo y la familia. Emparentado por matrimonio con Zorrilla de San Martín (y más tarde su albacea literario), Montero, como el poeta de *Tabaré*, encontró en la burocracia bancaria el sostén de una existencia larga de hijos y de deberes. (T. S. Eliot ha subrayado varias veces las ventajas que al espíritu y especialmente a la creación literaria brinda esta bipartición de vida: realismo, exactitud, experiencia variada y nutritiva). Pero, a diferencia de tantos otros que penetraron en la plúmbea seriedad burguesa para no salir nunca más de ella, Montero no renunció, entonces, a ciertos latentes intereses de los años iniciales. En el filo, siempre, pero más desde allí, entre la historia y la literatura, esos intereses estaban menos enfeudados a modas y a escuelas que los de la poesía, póngase el caso (los de la poesía menor, se entiende...) con lo que, en la suspensión temporaria de una actividad intensa, habrían de sufrir menos del riesgo de una definitiva aridez que los de muchos arietes canoros del modernismo supérstite convertidos después en terrestres calibanes de nuestra política, nuestros estudios o nuestros negocios. Ensayista o, mejor, para emplear palabra tan poco usada, polígrafo, Montero esperó así hasta cerca del medio siglo para dar, en 1928, su libro más definitorio: *Ensayos*. Y como con la certidumbre de que la vida lo esperaba, es después de esa cincuentena que cumple, en el cuarto final de sus años, lo más importante de sus tareas. Lo que, en buen romance, quiere decir que Montero trabajó más intensamente durante el trecho de existencia en el que, a impulso

---

\* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

de la costumbre y de una legislación desatentada, nuestras gentes se refugian en "un bien ganado descanso". Descanso que, en el caso del intelectual, significa casi siempre sólo la perfección de las artes de la autopropaganda, sólo la espera átona de la muerte.

## II

Creemos que nadie podrá discutir que lo más certero y firme de su obra, lo más válido, lo constituye en Montero su labor de crítico y, más que nada, de evocador de libros, de sucesos y figuras uruguayas. Menos interés seguramente tienen sus estudios de literatura extranjera o sus estampas de viaje (vivió el autor la época de sustanciales estadas en Europa) recogidos en *Detrás de los Andes* (1934) y *La ciudad de los libros* (1944). Sus ya nombrados *Ensayos*, y en cambio, sus *Estampas* (1942) configuraron un biógrafo capaz de reconstruir, de recrear, mejor, con extrema eficacia, el aire, el color, la peripecia íntima de ambientes y personajes. Tal vez pueda decirse que, vinculado a muchos de sus temas por recuerdos infantiles y lazos de familia, careció de aquella ironía, de aquella posibilidad de irrespeto que pudieron haberlo convertido en un Strachey rioplatense. De aquel mordiente capaz de transformar en perdurables aguafuertes sus nostálgicos retratos al pastel.

Esos retratos tienen, en cambio, el don de la simpatía cordial y, sobre todo, la noble melancolía que los grandes derrumbes le inspiraron. Los *ocazos* de Julio Herrera y Obes (*el último gentilhomme*), de Fructuoso Rivera, de Juan Carlos Gómez, de Cándido Joanicó, de José Buschental poseen tal expansivo don de persuasión que el lector siente (no es posible el engaño) que en esa crepuscular obsesión yace toda una romántica, toda una modesta pero entrenada filosofía del hombre y su destino.

Casi sin solución de continuidad con lo anterior, historiador de nuestras cosas, fue uno de los últimos representantes de la visión que los patriciados liberales porteño y montevideano se hicieron (e impusieron) de nuestro pasado. Su entusiasmo por la Defensa de Montevideo, que él exaltó con los claroscuros de un Dumas o de un Sarmiento, puede parecer anacrónico. Su devoción por figuras tan controvertibles como Juan Carlos Gómez o Melchor Pacheco y Obes podrá encontrar resistencias en la historiografía actual. Pero esas valoraciones se sostenían también en rezagos de su infancia y en opciones de su juventud y respondían a la filosofía histórica romántica y a la creencia en las bondades de una persuasiva cultura europea. Su propia concepción de la historia era artística y psicologista: pasiones e intereses de protagonistas enfrentados dramáticamente a los que una coloreada técnica evocadora, al modo de un Michelet o un Macaulay, debía devolver los pulsos de la vida.

La causa (también) de este enternecido fervor es la devoción reverente que ante el pasado y sus huellas Montero sentía. La profesó en su fuero íntimo, como otra religión, otra *piEDAD* que no incomodaba la primera, la más grande y decisiva a la que siempre fue fiel; como si las dos, de alguna misteriosa manera, se prestaran recíproca fuerza. En una sociedad en rápido cambio y modernización, cultivó como una nostalgia, casi como una entelequia, el ideal de una desaparecida clase dirigente (mucho más un *patriciado* que una *oligarquía*) austera y culta, heroica y señorial, muy criolla y muy europea a la vez. La progenie borrada "se le encarnaba en esos artesonados, en esas rejas y puertas, en esas *casonas solariegas*, en esos gestos *republicanos* o *espartanos*, en esas *bellezas finas* y *aristocráticas*, en esas *rebeldes cabelleras*, en esos *ricos linajes*, en esas cepas

que en sus evocaciones toma obsesivamente y que pudieran resultar muletillas de su estilo ameno y eficaz si no supiéramos que honda vivencia las dictaba, que limpia presión las traía a la superficie.

### III

Dirigió durante cerca de dos décadas (de 1938 a 1956) la *Revista Nacional*; la llevó adelante; libró, mes a mes y año a año, la agotadora y siempre perdidosa lucha con el artículo que no llega y la promesa que no se cumple. Por eso es explicable que el ambicioso balance de nuestro pasado nacional que el número 1º se propusiera nunca se haya realizado. Corto siempre de aquellos fondos que el Estado sólo brinda a conveniencias o violencias, dispersóse pronto o fue segado por la muerte (caso de Juan C. Gómez Haedo o Mario Falcao Espalter) el equipo inicial, que pudo haberlo cumplido desinteresadamente. De gobierno a gobierno y de Ministro a Ministro, más ligero de esperanzas pero con habilidad y tesón, sorteó Montero todos los obstáculos. Devoto del estilo histórico inglés más pareció proclive a contemporizar que a estrellarse contra resistencias insuperables. Eso recargó la *Revista Nacional*, claro está, con muchas prosas balbuceantes de estadistas "ad hoc", más diestros, como es previsible, en gramáticas pardas que en la estricta gramática de la sintaxis y la prosodia. Razones generacionales y el mismo carácter oficial de la revista le hicieron tal vez menos diligente en *favorecer la ascensión del talento real que se levanta* (para recordar la fórmula de Rodó) que en *mantener la veneración por el grande espíritu que declina*. Pero no deja de poseer cierta rara belleza moral esta hospitalidad a generaciones que envejecieron sin un órgano regular de expresión y en las que los no leídos fueron siempre más (debe reconocerse) que los ilegibles.

Esta es tal vez, también, la causa de su lenidad crítica, que dispersó biobibliografías encomiásticas de muchas mediocridades y lo distrajo en prólogos de tantos libros perfectamente olvidables. Tal política era (se sabe) un rasgo de su generación, pródiga en tal grado de los *insignes*, los *eminentes* y los *ilustres* que tales adjetivos llegan a perder toda función distintiva. La facilidad tuvo, sin embargo, en Montero Bustamante sus excepciones y es significativo que sea en el caso de los escritores mayores, en aquellos con los que el juicio realmente importaba, que este ejercicio no se practicara. Sus críticas de Reyles, de Delmira Agustini, de Frugoni, su estudio sobre el Modernismo en el Uruguay y, sobre todo, su magnífico *Rodó* (en la primera versión de la carta de Gustavo Gallinal de 1918) son páginas de una rara valentía. Para su tiempo, y también para el nuestro, pueden quedar, entre tantas carretadas de inexactitud y floripondio, como paradigmas de penetración y de justeza.

### IV

Tuvo el valor, inicialmente nada pequeño, de encabezar y presidir, desde 1941, la Academia Nacional de Letras.

Porque es evidente que desde la rebeldía romántica y, en las naciones de habla española, desde la memorable Letanía de Darío (sobre todo) cualquier cuerpo académico, y más si era el de la lengua o su ejercicio, se fue convirtiendo en una especie de mala palabra, en

un mal afamado reducto en el que sólo los muy vetustos, los muy vanidosos, los muy esclerosados parecían querer penetrar.

El desgreño romántico, el individualismo decante o la insurgencia social olvidaban que la autoridad, la continuidad, el orden, la vertebración institucional de una literatura (los custodios de la Tradición, en suma) son ingredientes tan imprescindibles de una cultura madura como sus antitéticos de la aventura, la indagación personal, la ruptura innovadora, la inventiva neologista. Haber afrontado esas incomprensiones en un medio como el uruguayo, importa como se decía, una prueba de valor. El acierto o desacierto de la acción que siguió, la altura con que se haya cumplido, el equipo que se haya escogido para ella no es capítulo de la responsabilidad del distinguido muerto. Señálese sólo aquí la justeza del punto de partida; la exactitud trascendental (si se entiende el término en su estricto sentido) de la empresa.

## V

En 1955, aquel cuerpo y el Instituto Histórico y Geográfico, al que también Montero pertenecía, le dedicaron (con motivo del cincuentenario del *Canto a Lavalleja*) el homenaje de tres gruesos tomos de sus escritos. La masa de casi dos mil páginas constituye, tengamos la honradez de decirlo, un flaco homenaje. La edición, a cargo de Ariosto González, está afeada por innumerables y graves erratas y aunque quepa el descargo de que la cura de más de seiscientas galeras no debe ser tarea liviana, también es cierto que el que la realiza tiene que cumplirla, (más si se trata de una edición de homenaje) con la debida devoción. Los ensayos incluidos carecen, además, de toda nota sobre su fecha y lugar de origen y no se intentó siquiera la tarea impostergable de una bibliografía del homenajeado, labor nada fácil pues muchos textos fueron republicados en diferentes épocas con sustanciales modificaciones.

De cualquier manera Montero no necesitaba de este *Homenaje* más frondoso que ferviente para poseer la seguridad de la limpia simpatía de sus compatriotas. A muchos de ellos, con sus páginas colectas o dispersas, los había puesto en la vía de un conocimiento más cabal de su país y su pasado. El que estas líneas escribe, sintió nacer a los quince años, con *Ensayos*, un interés por esos temas (tal vez fuera mejor decir: por esas dimensiones de su vida) que hasta hoy no se ha marchitado. Ni él, ni seguramente otros, se ha detenido en los juicios que sobre muchos hombres y muchos sucesos Montero emitiera. Pero esto es accidente universal de la crítica y de la historia y no resta nada a la alta significación del hombre que el Uruguay acaba de despedir entre el pesar de todos.